

Presentación

Introduction

Carmen CALVO

Vicepresidenta del Gobierno de España

Agradezco al director de la Revista *Monograma* el privilegio y, sin duda, el placer de presentar con estas palabras la figura de una mujer, de una filósofa que se ha convertido en un referente para todos. María Zambrano es un referente como mujer y como filósofa, por el compromiso cívico que demostró a lo largo de toda su vida y que quedó reflejado en su obra; es muy importante que la recordemos y le rindamos tributo como hacemos ahora en las páginas de esta revista.

Fue una intelectual comprometida con la búsqueda de una sociedad española próspera, moderna, superadora de traumas históricos del pasado, y exigente con los intelectuales de la época, incluido su maestro, Ortega y Gasset, así como con la clase política. Y no eran tiempos fáciles. En su obra de juventud, *Horizontes del Liberalismo*, fue defensora de un liberalismo nuevo, humano, capaz de incluir en él el horizonte de justicia social que a aquel había negado el capitalismo exacerbado de la segunda mitad del siglo XIX.

Zambrano supo estar a la altura del tiempo que le tocó vivir, con valentía y coherencia, con entrega a la causa republicana y a la defensa de la libertad, de la educación y la cultura, de la paz. Esa entrega comprometió su vida y pagó muy alto precio por

ese valor y coherencia con los ideales de la Segunda República: 44 años de exilio por tierras americanas y por diferentes países europeos durante los tristes años de la dictadura franquista. Su patria había sido el exilio, como ella afirmaría a su regreso a España, y a pesar de lo acaecido y lo vivido, mantuvo sus convicciones y su compromiso a lo largo de toda su vida.

María Zambrano fue una intelectual, una filósofa comprometida, y su compromiso se manifestó en una triple vertiente: su compromiso fue político, fue un compromiso con la cultura y se comprometió también con la educación. Con esos tres compromisos me siento íntimamente conectada y unida.

Respecto a su compromiso político es necesario destacar que fue ejemplar, ya desde muy joven, con su activismo en el movimiento estudiantil y a lo largo de su trayectoria filosófica e intelectual. Vivió lo que ella denominaría un «tiempo feliz», en el que cabía esperar una España mejor, la prometida por la II República, la que lograría una España más próspera, más igualitaria y justa, que sería después tristemente truncada. Y vivió un exilio largo, que no le hizo desfallecer en la defensa de los valores que siempre defendió. A lo largo de ese recorrido vital, de compromiso político, consideró «la vida» elemento esencial, central, en su reflexión. Y unió vida y política, considerando a esta segunda la actividad más estrechamente humana a la vez que entendió que el verdadero compromiso es acción inescindible de su actitud ante la vida: un compromiso político considerado como servicio a la sociedad.

No puedo estar más alineada con esta manera de entender la política. Considero la política como una forma de vivir, como una entrega al servicio público, en aras de una sociedad mejor, más justa. Quiero pensar, como ella, en la política como acción de entrega, de quien busca encontrar las soluciones de los conflictos que en cada momento aquejan a nuestra sociedad

para mejorar nuestra sociedad, nuestro entorno y nuestro día a día.

En segundo lugar, el compromiso con la educación de María Zambrano fue también de absoluta entrega desde su juventud, no solo ya por su condición de intelectual que hizo llegar su voz a través de sus ensayos y su obra filosófica, sino también en sus años de juventud con la participación en las Misiones pedagógicas, auspiciadas como proyecto de solidaridad cultural por el Gobierno de la Segunda República Española. Quiero destacar su reivindicación de la educación para la paz y su papel en la formación de una ciudadanía defensora constante de esa paz. Como ella escribiría: «sin educación para la paz no habrá paz perdurable».

Respecto a esta tarea y desde mi condición de profesora de Derecho Constitucional de la universidad pública española, comparto con ella la vocación por la educación como el mejor instrumento para formar a hombres y mujeres en los valores democráticos y constitucionales y, sobre todo, para contribuir a una ciudadanía más preparada y a una sociedad más inclusiva y justa, que conduzca a un modelo de convivencia en el que la paz se defiende y pueda perdurar.

En tercer y último lugar, no hay que olvidar que María Zambrano mantuvo un fuerte compromiso con la cultura, no solo con su contribución al pensamiento filosófico de su tiempo, vigente aún en nuestros días, sino con un activismo cultural temprano entendido como compromiso personal. Me siento íntimamente conectada con ese compromiso. Entiendo la cultura como un elemento primario, esencial para la humanidad. Desde mi punto de vista, la cultura es como el disco duro de la sociedad, su alma, su identidad... es la identidad misma de un país.

Los ordenamientos jurídicos de nuestras sociedades, de las sociedades democráticas como la nuestra, así lo entienden. La

Constitución española de 1978 lo pone de manifiesto desde el mismo preámbulo, en el que recoge su voluntad de promover el progreso de la cultura y de la economía para asegurar a todos una digna calidad de vida. A veces, en las agendas políticas se nos escapa lo importante que es la cultura; lo es por los recursos humanos y económicos que mueven sus industrias y por lo que representa en el PIB (producto interior bruto) este sector de nuestra economía. Pero es, sobre todo, trascendental por lo que representa para elevar el tono intelectual y espiritual de un país y, significativamente, de un país como el nuestro que ha vivido grandes convulsiones políticas en los dos últimos siglos. Por ello, considero que hay que prestar a la cultura la máxima atención y para ello es irrenunciable otorgarle el papel de relevancia que merece, entendiéndola como el servicio público imprescindible que es. Aquí sigo el ejemplo sembrado por María Zambrano y entiendo que desde las instituciones del Estado hay que dotar a la cultura de una entidad institucional propia e individualizada, a través de una institución específica, un Ministerio singular, con agenda y presupuesto propios, que, además de contribuir al crecimiento económico del país, busque también afianzar los valores democráticos.

No sé si los premios que le fueron entregados y el reconocimiento recibido en los últimos años de su vida fueron suficientes para agradecerle el compromiso, el valor y la coherencia que hicieron de ella una mujer y una intelectual excepcional. Siempre estaremos en deuda con María Zambrano y su legado.